

Giuseppe “Beppe” Fenoglio (Alba, 1922 – Turín, 1963). Hijo primogénito de una familia de tres hijos, Beppe nació en Alba en las Langhe el 1 de marzo 1922. En 1940 se inscribe en la facultad de Letras de la Universidad de Turín, en la que estuvo hasta 1943, momento en el que fue reclutado por el ejército y mandado primero a Ceva (Cuneo) y después a Pietralata (Roma), donde realizó la instrucción militar. Tras el abandono que siguió al 8 de septiembre de 1943, Fenoglio se une primero en enero de 1944 a las formaciones partisanas. En un primer momento se enrola con los "rojos" de las Brigadas Garibaldi, pero pronto se une a los badogliani en el 1º Gruppo Divisioni Alpine comandado por Enrico Martini "Mauri" y en la 2ª Divisione Langhe comandada por Piero Balbo que operaba en las Langhe, entre Mango, Murazzano y Mombarcaro. En 1949 inicia con su primer cuento, *Il trucco*, una breve pero fundamental carrera literaria que se afirmará al año siguiente, cuando entre en contacto con el grupo de autores reunidos en torno a la editorial Einaudi, dando a la luz títulos de la altura de *Racconti della guerra civile*, *La paga del sabato*, *I ventitré giorni della città di Alba* o *Primavera di bellezza*.

A finales de 1959 se le diagnostica una grave enfermedad respiratoria que se complicará a lo largo de los tres años siguientes y que le causará la muerte en febrero de 1963. De la obra culmen de su carrera, la póstuma *Il partigiano Johnny*, ofrecemos las páginas iniciales con la estupenda traducción de Pepa Linares, recientemente publicada en castellano por Sajalín Editores.

Beppe Fenoglio, El partigiano Johnny (fragmento)

Johnny contemplaba su ciudad por la ventana de la casita de las colinas que su familia había alquilado a toda prisa para emboscarlo tras su regreso imprevisto, inesperado, de la Roma trágica y lejana entre las septémplices mallas alemanas. El espectáculo del ocho de septiembre en la localidad, la rendición de un cuartel con todo un regimiento en su interior ante dos carros de asalto alemanes not entirely manned y las deportaciones a Alemania dentro de unos vagones emplomados habían convencido a todos, familiares y hangers on, de que Johnny no regresaría jamás. En la más feliz de las hipótesis, estaría viajando por Alemania dentro de uno de esos mismos vagones que hubiera partido de una estación cualquiera de la Italia central. Siempre había flotado en torno a Johnny una reputación imprecisa, gratuita, pero pleased and pleasing, de impracticidad, de estar en las nubes, de vivir en la literatura... En cambio, Johnny había irrumpido en la casa a primerísima hora de la mañana, pasando como una mugrienta ventolera entre el desmayo de su madre y la escultórica estupefacción de su padre, y se había desnudado vertiginosamente para vestir su mejor traje de calle (aquella antigua vicuña) y pasearse de arriba abajo con la pulcritud, la comodidad y la limpieza recuperadas, locamente seguido por sus padres dentro del breve circuito. La ciudad era inhabitable, la ciudad era la antecámara de la evitada Alemania; la ciudad, con sus bandos de Graziani pegados en todas las esquinas, atravesada pocos días antes por una marea de desmovilizados del ejército procedentes de Francia; la ciudad, con un estandarte alemán en su principal hotel y las continuas irrupciones de alemanes procedentes de Asti y de Turín en camionetas que llenaban de terroríficos silbidos las calles desiertas y grises, proditoriadas: absolutamente inhabitable para un soldado en desbandada y sin embargo sometido al bando de Graziani. El tiempo para que su padre corriera a obtener el permiso del propietario de la casita de las colinas, el tiempo para que él mismo agarrara a ciegas una media docena de libros de sus estantes y preguntara por los amigos supervivientes, el tiempo para que la madre gritara a su espalda: "come y duerme, duerme y come, y no te hagas mala sangre", y luego a la colina, a la emboscadura.

Durante una semana comió mucho y durmió más, leyó nerviosamente algo del *Pilgrim Progress*, de las tragedias de Marlowe y de los poemas de Browning, pero sin alivio, con una irritante sensación de empeoramiento. Y vio mucho paisaje, a modo de fresco íntimo, mucho paisaje (a veces dedicaba un cuarto de hora o más a un solo detalle), tratando de excluir los signos y los indicios de los hombres. La casita era una bobada pretenciosa, pero se levantaba sobre un espolón en librea de amor otoñal, que, a la salida de la ciudad, dominaba desde un precipicio el curso del río, el cual fluía entre orillas bajas como una inalterable colada de plomo, solemnemente limoso por las primeras lluvias del otoño. In the stillness of night, su rumor escalaba susurrante el espolón hasta las ventanas de la casita, como al acecho. Pero a Johnny le gustaba el río, que lo había criado, junto con las colinas. Las colinas dominaban el entorno, encerraban el entorno, cada vez mas otoñalmente flou, con un remolino musical de vapores lentos, a veces ellas mismas no más que vapores; se cernían sobre la planicie fluvial y sobre la ciudad, malsanamente relucientes bajo un sol corrompido. Sobresalían las moles de la catedral y del cuartel, de ladrillo la una, grisácea la otra, y al observante Johnny ambas le parecían dos monumentos insensatos. Los días de otoño, pese a ser de otoño, se hacían insoportablemente largos, y la ganancia obtenida con el sueño diurno se dilapidó enseguida en el insomnio nocturno, por eso pasaba noches enteras fumando con las piernas cruzadas y leyendo un gran fondo de lectura. So mornings were diseased and nightmared. Ahora el paisaje, descontando el gusto del rencuentro con la tierra nativa y vital, lo estomagaba. La literatura lo estomagaba. Puesto que aquel surfeit de comida y de sueño le borró por entero la vida militar, al cabo de una semana ya no sabía por dónde se empezaba a montar un fusil ametrallador, cosa que una semana antes hacía con los ojos vendados. Y estaba mal. Algo por dentro, punzante e icefying, le advertía de que estaba mal, porque las armas volverían a entrar en su vida, quizá por la ventana, a pesar de las resueltas decisiones y de los sagrados votos en contrario. Sentía profunda y morbosamente la falta de la radio, pero sus padres, al menos de momento, no habían podido hacer nada para remediarlo. Empezó a obsesionarse por oír la voz de Candidus, *gluttoning on his own accent*. Su padre subía casi a diario for several requests-annotation y para referirle las noticias locales y nacionales, las de los cuchicheos y las que difundía la radio. Por su voz opaca, irremediamente anarrativa, Johnny supo de la liberación de Mussolini en el Gran Sasso por obra de Skorzeny ("se lo han arrancado como una bandera de palio, no han sido capaces de disparar contra ellos in extremis, ni siquiera de ocultarlo de un modo seguro"), de la formación de un gobierno nacional-fascista en Alemania, del comunicado de Pavolini en Radio Roma, devuelta por los alemanes a los italianos (vio con extraordinaria claridad y cercanía la cara meteca del jerarca e imaginó con gélida rapidez su eliminación física), y de la matanza de Cefalonia. En la ciudad, contaba su padre, no ocurría nada, por eso la gente se fiaba cada día menos y se encerraba cada día más en sí misma, morbosamente.

- ¿Quién mantiene el orden público?

Los carabineros prestaban su servicio, pero con evidente renuencia y en los últimos tiempos con un despego palmario. ¿Qué otros desmovilizados habían vuelto? Por hablar de los peor desplazados: Sicco de Francia, Frankie de Spoleto, aquel de Brennero... "Piensa en los hombres sorprendidos en Grecia, en Yugoslavia, no digamos en Rusia..." Había muerto Gege, ¿cómo, no lo sabía? Trajeron el ataúd desde Montenegro, en el verano. La familia sostenía que había caído en combate, pero nadie ignoraba que se había suicidado de un tiro en la boca. Así pues, Gege, el absurdo veterinario, el hombre que lo había introducido en el dream-boyness... Nadie, después de Gege, sería capaz de correr con los brazos como las alas de una gaviota. Su primo Luciano había regresado felizmente de Milán a través de una marcha nocturna en el deep de los arrozales de Vercelli y en paralelo a la carretera retumbante de columnas de vehículos alemanes. Ahora estaba en casa, por supuesto, en su casa del extrarradio, en las faldas de la colina cuyo vértice habitaba Johnny. Su padre se iba:

—Y por nada del mundo te muevas de aquí arriba. Resiste. Si no quieres pensar en ti, piensa en nosotros, en tu madre. *She agonized these last days*.

Pero aquella misma noche Johnny decidió visitar a su primo en una hora lóbregamente propicia, cortando por la colina blancuzca. No aguantaba más aquella soledad de pesadilla, aquella visión fija de la tierra que se deshacía en la húmeda oscuridad como un puñado de arena bajo un

agua callada e inexorable. Caminaba a ciegas. Pero ¿cómo se las componían los hombres para reconquistar así las posiciones desastrosamente perdidas, para recuperar toda su capacidad de mando, para castigar y matar y someter a sus leyes marciales, con un armamento exiguo y risible, enormes masas de hombres e infinitas extensiones de tierra?

El primo no había cambiado nada, solo unas entradas marcadas ampliaban su ya ancha frente... La costumbre militar se apoderó de Johnny y lo obligó a imaginárselo con el uniforme de oficial, pero el retrato no salió perfecto. Todo lo contrario -un contrario instintivo e irónico—, lo veía de niño, con sus largas medias negras hasta las caderas, que automática e ilógicamente le recordaban a Silvio Pellico.